

se convirtió en el primer propagandista del ganado y del pasto citados y declaró con justicia que el ganadero don Fernando Castro Cervantes le había hecho, al traerlos al país, un bien impagable a la ganadería costarricense.

Dos días antes de morir don Ricardo hablaba con el que escribe estas líneas espigando apenas entre los recuerdos y apuntes que son como para un libro, y lo invitaba para que a mediados del corriente mes de enero fuera, como lo hacíamos cada año, a pasar unas horas en Bonilla. Se veía otra vez vestido de dril amarillo, cubierto con su casco, la camisa abierta sobre el pecho, a caballo, viendo entre los pastizales de jaragua las vacadas, celosamente cuidadas por los enormes y bien astados toros, sultanes en aquellos serrallos calurosos desde los que se miraba el mar azul.

No lo dejó el destino volver a ver su hacienda. Ni soñar junto a la playa, mientras allá a lo lejos mirara las luces del gran muelle de Puntarenas y oyera, sobre la ronca música de las oías al reventar en la playa el estridente pito de una locomotora eléctrica que pasaba pregonando el trabajo y el progreso. No lo dejó sentir de nuevo en su pecho las brisas saladas del golfo. Ni oír el concierto de los terneros en el corral reclamando las ubres henchidas de leche saludable y caliente. Pensó, sin duda, en todo ello en sus últimos momentos este infatigable agricultor, este esforzado ganadero, este amigo sincero de la tierra. Cuando se velaba su cuerpo en la que fué su última oficina, en el que fué su último escritorio de ciudadano y de trabajador, quedó en lo alto, sobre su cabeza, un cuadro simbólico: en él se miraba un fondo de bosques y destacada, la cabeza de un toro en el momento en que lanzaba el clarinazo de su potente mugido.

San José, 26 de enero de 1945.

Abuela España



Amelia Ceide de Loewenthal

Mis padres vinieron de tu patria ibérica,
tu sangre española mis venas inflama;
por eso tú eres España mi abuela
y yo soy tu joven nieta americana.

Mi nombre es América. Soy tu nieta, España
y por ser la rama de un roble español,
siento los resabios de tu sangre hispana
brotando del cántaro de mi corazón.

Hace muchos siglos que yo te estoy viendo
tras de tu romántica reja colonial
e incansables tejen tus hábiles dedos,
primorosa urdimbre de hilo intelectual.

Largos años hace, abuela española,
que yo escucho hablando tu voz en los siglos
y tú me has contado preciosas historias
de tus suntuosos palacios moriscos,
de tus arabescos y estatuas romanas;
de los musulmanes y el bello prodigio
de Alhambra, que erigió en Granada
Mahomet Alhamar el Magnífico.
De tus imponentes catedrales góticas,
airosas iglesias, castillos mozárabes
y parques y antiguos museos que atesoran
la forma grandiosa de todas las Artes.
Palacios históricos, gloriosas pinturas,
amplias alamedas y ríos y lagos;
árboles vetustos y plazas morunas,
poetas, artistas, Quijotes y Sanchos.

Hace cinco siglos que a orillas del mar,
tú para mirarme te empinas
y asomas la cara sobre Gibraltar
y ondeas en el viento la mano y me gritas.
Cinco siglos hace que escuché tu acento
rimando canciones de cuna en mi infancia...
y tú me enseñaste a hablar desde lejos
y en mi alma encendiste la divina llama
que hacia Jesucristo conduce mis pasos.
¡Abuela del alma! Con tu voz de trino,
también aprendieron a rezar mis labios,
fervorosamente. Y aún rezo contigo,
todos los domingos cuando voy a misa
luciendo mantilla de encaje español.
Y porque tú eres mi abuela querida,
en mis oraciones te encomiendo a Dios.

Yo llevo en mis venas vibrantes retazos
de generaciones bravías,
que hablan de los viejos reinos legendarios,
que sobre las torres moriscas
de tu Alhambra vieron, con los ojos ávidos,
izarse el glorioso pendón de Castilla.
La sangre viril que en mí has infiltrado,
me vuelve a tus brazos, abuela querida.

¡Oh, España! Yo siento nostalgia del sol
que alumbra tu suelo, que un día temblara
bajo de las plantas del Cid Campeador

que vieran las cumbres de Sierra Nevada.
España que rezas piadosa en Sevilla
y, atando a tu mano serena el rosario,
te cubres el pelo con negra mantilla
y prendes la flor del Credo en tus labios.
España que sueñas en Valladolid
y salero te haces en Andalucía;
que en Valencia eres fragante jardín
y reina te yergues en León y en Castilla.
En Sevilla y Málaga te cuelgas al hombro,
coqueta, tu rico mantón de Manila
y apresas la llama del sol en los ojos
y en tus vinos bebes el de manzanilla.
España que rimas tus nostalgias hondas,
al son de vibrantes guitarras que estallan
desde la Galicia hasta Barcelona
y desde Granada a Vizcaya...
Que rasgueas el arpa, pulsas el laúd
y cantas al golpe de las castañuelas;
España que tienes dos chispas de luz
brillando en tus ojos de clara morena;
que sabor de vino en los labios tienes
y eres en las Plazas flor de tentación,
si el pelo te adornas con rojos claveles
y el talle te ciñes con regio mantón.
España aristócrata que vas a la Opera,
cuando en Barcelona te vistes de gala
o cuando en los días de fiesta pomposa,
eres en Madrid soberana... Y gitana,
cuando ágiles bailan tus pequeños pies,
al son de panderas de exóticos ritmos...
Y mora, si mueves en grácil vaivén
las manos que ensayan ris-rás de abanicos.
La pícara España que va a la zarzuela;
España romántica que sueñas con Bécquer
y cuando te alzas en contiendas bélicas,
temblando de furia, ¡a todo te atreves!

Fuerzas ancestrales hacia tí me impelen
y sólo tú sabes mi sed aplacar,
cuando en sus embrujos de amor me adormecen
las sabias caricias de tu azul Don Juan.
Tu sangre ardorosa las venas me infla,
cuando un sevillano me estrecha en sus brazos
y junto a su pecho mi pecho palpita,

con sangre que es eco de hispanos resabios.
¡Ah!... cuando en mí fija las claras pupilas
de sus bellos ojos, tu Conde de Urgel,
siento que tu cielo, España, me mira
desde el agua verde de los ojos dél.
Tú tienes la boca más dulce del mundo
y tienes los dientes más lindos que hay,
pues yo te he besado mucho, mucho, mucho...
en labios hispanos que saben besar.

¡Abuela querida! Tú tienes las rancias
virtudes que ostentan los reales caballeros;
yo he gozado todas tus aristocracias,
en la gentileza de tus madrileños.
Eres comedida, celosa y discreta
y así te conoce tu nieta en los hechos
que a menudo exponen con viva elocuencia,
en sus actitudes, tus rancios gallegos.
Y abuela, yo sé de tus raros gestos
que a veces me bañan el alma con hiel,
cuando reconozco tus grandes defectos
en las terquedades de un aragonés.

Escucho en mi alma un eco recóndito,
que me legó acaso tu noble Manchego;
por eso el ensueño desvela mis ojos
y sueño con grandes Molinos de Viento!

España, yo soy tu nieta de América.
Soy sangre del plasma que diera tu sangre,
para el Nuevo Mundo que es gloria de Iberia...
¡y América escucha tu voz en los Andes!

Amelia Ceide